

DIOS PADRE NUESTRO



RECURSOS BÍBLICOS PARA EVANGELIZAR

Meditación sobre el PADRENUESTRO
creada por: Cristóbal Sevilla Jiménez,
sacerdote y biblista



DIOS PADRE NUESTRO

Animado por la celebración del Domingo de la Palabra de Dios os presento una material sobre el Padrenuestro que podéis utilizar de múltiples maneras: en un espacio de oración, en la acción de gracias de la Eucaristía, en la exposición del Santísimo...

El Padrenuestro es la oración de Jesús, la que rezó y la que enseñó a sus discípulos. Y si hay una oración de todos los cristianos, esa es el Padrenuestro. Una oración alentada y guiada con un mismo sentir, tal como encontramos en los Hechos de los Apóstoles (omozumadón, Hech 1,14), nos tiene que llevar al verdadero ecumenismo del corazón.

Esta breve meditación tiene forma de oración dirigida Dios Padre, y en algunos momentos se manifiesta la oración más hermosa y perfecta, la oración trinitaria, la que declara su amor y su misericordia.

Se puede utilizar como un septenario que sigue las siete peticiones del Padrenuestro, una petición para cada día, o bien, en uno o varios momentos de oración personal o comunitaria. Y en cada petición vamos evocando textos del AT, especialmente del libro de los Salmos, y también del NT. El Padrenuestro es un resumen plenificado de todo lo vivido, orado y esperado a lo largo de la Biblia.

Esto es simplemente una pequeña meditación que puede ser completada, ahí están las citas bíblicas que pueden ser leídas y comentadas. Se puede utilizar individual o comunitariamente.

Cristóbal Sevilla Jiménez



DÍA / MOMENTO PRIMERO: Dios “Padre nuestro, que estás en los cielos”

Dios “Padre nuestro, que estás en los cielos”,
creador del cielo y de la tierra,
de todo lo visible y lo invisible,
los cielos proclaman tu gloria
y el firmamento anuncia la obra de tus manos (Sal 19,2).
Tú eres la fuente de todo, el principio y el fundamento de lo que existe,
y en ti comienza toda comunicación de amor.
En lo recóndito de nuestro mundo y en lo más escondido del universo,
intuimos y buscamos a ciegas tu presencia,
como intuye y busca el niño recién nacido a su madre.
No te vemos pero te presentimos,
y en todo lo que has creado tanteamos tus huellas (Sal 8,4).
Esta creación que nos acoge como una casa común,
bella y misteriosa, llena de luz y también de oscuridad,
inmensa y frágil a la vez, en lo inabarcable y en lo diminuto,
en lo que conocemos, y en lo que todavía no comprendemos,
en lo que sabemos prever y en lo imprevisible.
De esta creación nosotros somos parte,
pues su aire nos da aliento y su agua nos vivifica y restaura.
“Alabado seas, Mi Señor,
por la hermana nuestra madre tierra, la cual nos sustenta,
y gobierna y produce diversos frutos con coloridas flores y hierbas”.
Una creación en donde Tú nos has puesto
para ser fecundos y pastorear
desde tu amor todo lo que la llena (Gn 1,26-28).
Pero nuestras violencias e injusticias rasgan esta casa que es de todos,
una casa empobrecida y oprimida, nuestra devastada tierra.



Las heridas de esta casa dañada por la mentira de nuestra libertad sin límites, son el hambre y la guerra, fruto de nuestras injusticias.

Esta creación tuya, Padre, gime con dolores de parto igual que nosotros hasta que nos encontremos contigo,

nuestro creador y liberador (Rm 8,22-23).

Tu Hijo Jesucristo, nos enseñó a invocarte como “Padrenuestro” (Mt 5,9-13),

y cuando te rezamos entramos en una historia de oración que no es sólo individual sino también comunitaria,

y sabemos que no estamos solos,

pues formamos parte de una historia de amor.

Sabemos que nuestra liberación está en tu amor,

pues eres un misterio de amor,

y en ti vivimos, nos movemos y existimos (Hech 17,28).

Tu amor es un amor de Padre porque amas a tu Hijo, Jesucristo, a través del cual has creado todo,

y el amor recíproco que manifestáis es el Espíritu Santo,

un lazo infinito de amor que está presente

en el corazón del universo y en nuestro corazón.

Padre, tu amor nos salva a través de tu

Hijo, nuestro hermano mayor,

y tu amor lo sentimos a través del

Espíritu, que clama dentro de nosotros:

“Abba Padre” (Rm 8,15),

y nos lleva a decir:

“Jesús es Señor” (1 Cor 12,3).

Sí, en tu Hijo Jesucristo vemos cómo hemos sido creados a tu imagen y semejanza, Y en él te escuchamos a ti,

Padre, y contemplamos tu rostro

misericordioso (Mt 17,1-5).





DÍA / MOMENTO SEGUNTO: Dios Padre nuestro, “santificado sea tu nombre”.

Tu nombre significa misericordia y
compasión (Ex 34,6)
y te manifiestas en la vida como lo
hiciste con Abrahán

y con tu pueblo Israel, pues tu nombre se dice en tu actuar,
porque escuchas, consuelas y liberas (Ex 3,7-9).

Siempre estás dispuesto a la acogida y al perdón, y para nosotros,
invocar tu nombre santo significa acudir desde nuestra pobreza,
al amparo de tu compasión y tu misericordia (Sal 17,7-9).

Padre de las misericordias y Dios de todo consuelo (2 Cor 1,3),
tu amor es incomparable y sabemos que es propio de ti usar misericordia;
en esto está tu omnipotencia (Os 11,9).

Por eso nuestro anhelo es que la santidad de tu nombre
se manifieste en todos tus hijos,
que te busquemos en espíritu y en verdad,
y nos dejemos encontrar por ti (Jr 29,13).

Sí Padre, tú deseas que te busquemos en espíritu y en verdad,
porque Tú eres espíritu y verdad (Jn 4,24).

Que te busquemos en nuestro corazón,
sintiendo sed de ti (Sal 42,3), como tú la tienes de nosotros (Jn 19,28),
sed de verdad y amor,

sintiéndonos hijos a través de un culto espiritual que nos guía a la verdad.



DÍA / MOMENTO

TERCERO: Dios Padre nuestro, “venga a nosotros tu reino”.

Tú estableces tu reino a través de tu Rey Mesías, tu Hijo, y así nosotros, cuando buscamos la salvación,

es Jesús, el Rey Mesías, el que nos muestra el camino, como el buen pastor de nuestras almas (1 Pe 2,25).

En tu reino prima el amor,

un amor fiel y gratuito, a través de la justicia (Sal 72),

la paz y la alegría en el Espíritu Santo (Lc 10,21-24).

Eres un amor que salva (Sal 85),

por eso te alabamos y te bendecimos cada día,

no sólo con nuestra voz, sino también con nuestras pobres obras,

en un “círculo virtuoso” en el que nos dormimos y despertamos (Sal 4 y 5).

Nuestro deseo de salvación es nuestra oración de cada día,

y el deseo de hacer tu voluntad (Sal 118).

Por eso nuestro sí significa trabajar por la justicia y la verdad,

buscando transformar nuestro mundo según tu voluntad.

Buscamos tu reino cada día (Mt 6,19-34) y lo acogemos en nuestro interior,

y queremos empezar a vivirlo en este mundo (Mt 10,7).

aunque sabemos que será tu Hijo, el Rey Mesías,

el que lo completará cuando vuelva en su segunda venida

al final de los tiempos (Mt 25,31-46).

Entonces, el Rey Mesías pondrá todo ante ti,

la creación y cada uno de nosotros,

cuando el último enemigo sea vencido, la muerte (1Cor 15,25-28).



DÍA / MOMENTO CUARTO:

Dios Padre nuestro, “hágase tu voluntad, así en la tierra como en el cielo”.

Porque confiamos en tu amor, y sabemos que tu voluntad es que todos nos salvemos

y lleguemos al conocimiento de la verdad (1 Tim 2,4).

Por eso te pedimos que tu gracia

nos ayude a buscar y a cumplir tu voluntad,

pues ésta siempre será buscarte a ti

y ayudar a los demás a que se puedan encontrar contigo.

Confiados en ti, Padre, no como resignación, sino esperanzados en tu providencia amorosa que nos impulsa a amar.

Que tu pedagogía amorosa nos guíe y acompañe,

y en nuestra pobreza nos refugiamos

a la sombra de las alas de tu misericordia (Sal 57,2).

Tú nos corriges, Padre, y quieres salvarnos mostrándonos tu amor,

pues tu misericordia no es un sentimiento momentáneo,

sino un estado permanente que nace de tu amor,

y nos damos cuenta de ello en las situaciones más penosas

y contradictorias de nuestra existencia,

cuando nuestra oración es nuestra libertad (Sal 143),

la libertad de sumergirnos en tu amor,

que es la fuente de todo amor auténtico (Sal 63,4).

¿Quién nos podrá separar de tu amor? ¿Qué dolor, qué injusticia,

qué mal, qué peligro nos podrá separar de Ti? (Rm 8,31-39).

Que busquemos tu voluntad en la tierra, luchando por la justicia y por la

paz, comprometidos con nuestros hermanos más necesitados,

pero buscándote siempre a ti que estás en el cielo,

y la fuerza sobrenatural de tu amor.



DÍA / MOMENTO QUINTO: Dios Padre nuestro, “danos hoy nuestro pan de cada día”.

Porque es propio de un padre dar pan a sus hijos (Mt 7,9),
pero te pedimos a ti el pan que nosotros trabajamos
y hacemos con lo que Tu has hecho crecer en la creación (Gen 1,29),
unos recursos que son para todos pero que no son ilimitados.
Un pan que nos llama a la responsabilidad
en nuestra relación con el mundo,
sabiendo poner en el centro la dignidad del ser humano,
especialmente de los más pobres,
de los que no pueden acceder a lo mínimo necesario.
Un pan que es símbolo de todo lo que nos sustenta y nos hace crecer,
un pan que crea familia y fraternidad,
y hace posible vivir la vida con dignidad y serenidad.
Es el pan que todo ser humano necesita,
y nosotros, que te invocamos como Padre de todos,
estamos llamados a compartir este pan
que no es “mío” sino “nuestro”, es el pan de todos.
Este pan que compartimos es para nuestro hoy,
en este hoy en el que confiamos cada día
en tu providencia (Mt 6,25), por eso te lo pedimos día a día,
porque no buscamos acaparar ni acumular riquezas.



DÍA / MOMENTO SEXTO: Dios Padre nuestro, “perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”.

**Porque conocemos nuestra pobreza y nuestra pequeñez,
que nos lleva a equivocarnos, a no corresponder a tu amor.
Es la realidad de la “ofensa” del pecado,
que te ofende a ti cada vez que nos hacemos daño a nosotros mismos
o dañamos a los demás con nuestro pecado de obra, pensamiento u
omisión. Es el pecado que deja en nosotros un vacío de tristeza
y nos lleva a la desesperanza, porque nos encerramos
en un “círculo vicioso” en el que nos olvidamos de tu amor eterno
y buscamos la felicidad en pasiones pasajeras (Mc 7,14-23).
Padre, sólo tu amor nos cura y nos ayuda a perdonarnos a nosotros
mismos y a los demás, y siempre nos renueva,
porque tú estás dispuesto a perdonar con misericordia (Lc 6,36).
Es la prueba de tu amor fiel y verdadero (Sal 57).
Por eso la respuesta a tu perdón debe ser nuestro perdón (Mt 18,22),
pues nos introduce en el “círculo virtuoso”
de tu entrañable misericordia (Os 11,8),
en tu maternidad infinita como creador con todas tus criaturas (Is 49,15).**



DÍA / MOMENTO SÉPTIMO: Dios Padre nuestro, “no nos dejes caer en la tentación y líbranos del mal”.

Porque nuestro pecado nos enseña a ser realistas y a no hacernos ilusiones, pues el corazón humano es falso y perverso (Jr 17,9), y nadie lo conoce sino Tu. Las presiones y tentaciones de nuestro ser nacen muchas veces de nuestro interior, siempre tentados a no fiarnos más que de nosotros mismos, renegando de ser hijos y echándote en cara nuestras desgracias. Pero también vienen de circunstancias que nos producen desamparo y oscuridad, del “misterio del mal” que rechaza tu amor y envenena la naturaleza humana. Estamos siempre en contacto con la debilidad y el mal que vuelve nuestra existencia incoherente. Tantas veces nos encontramos con un mal manifestado a través de “operadores de iniquidad” (Sal 59,3) que acosan con una fuerza sobrehumana y demoniaca. Acusan con desproporción porque quieren siempre condenar con un encarnizamiento que no tiene salida. Y si trato de responder desde mi lógica, entro en un círculo vicioso e infernal, en una lógica satánica, en un mecanismo perverso de autodestrucción. Sólo tu gracia, Dios de mi amor y mi salvación (Sal 59,18), puede romper este círculo infernal. Tú has vencido el mal a través de la muerte de tu Hijo, y nuestra vida está escondida en ti con Cristo, nuestro hermano mayor (Col 3,3). Por eso cada mañana busco tu misericordia (Sal 90,14), y acallo y modero mi corazón y mi alma como un niño en brazos de su madre (Sal 131).